

**Conferencia de Alto Nivel sobre la Seguridad Alimentaria Mundial:
los Desafíos del Cambio Climático y la Bioenergía**

Roma, 3 a 5 de junio de 2008

Señor Presidente de la República Italiana,
Señoras y Señores Jefes de Estado y de Gobierno,
Señor Secretario General de la Organización de las Naciones Unidas,
Señoras y Señores Ministros y Jefes de Delegación,
Excelencias, Señoras y Señores:

Estamos aquí reunidos en Roma, la Ciudad Eterna, para lo que es *de jure* una Conferencia de Alto Nivel y se ha transformado *de facto* en una Cumbre. Se trata, de hecho, de hacer frente a una crisis alimentaria mundial que recientemente ha tenido trágicas consecuencias sociales y políticas en varios continentes, con tumultos y muertos, que pueden poner en peligro la paz y la seguridad del mundo.

Y sin embargo, estos tristes acontecimientos no son más que la crónica de una catástrofe anunciada. En 1996, en esta misma sala, 112 Jefes de Estado y de Gobierno y los representantes de 186 Miembros de esta Organización se comprometieron solemnemente a reducir a la mitad, para el año 2015, el número de personas aquejadas por el hambre en todo el mundo y aprobaron un programa para alcanzar ese objetivo. No obstante, ya en 2002 nos vimos obligados a convocar una segunda cumbre mundial para llamar la atención de la comunidad internacional sobre el hecho de que los recursos que debían financiar los programas agrícolas de los países en desarrollo se estaban reduciendo en lugar de aumentar. De acuerdo con las tendencias observadas, el objetivo de la Cumbre no se alcanzaría en 2015 sino en 2150. Para esta reunión se había preparado, por tanto, un “programa contra el hambre” cuyas necesidades de financiación se estimaban en 24 000 millones de dólares por año.

Hoy en día los hechos hablan por sí solos: la ayuda otorgada a la agricultura en el ámbito del desarrollo pasó de 8 000 millones de dólares (base 2004) en 1984 a 3 400 millones de dólares en 2004, lo que representa en cifras reales una reducción del 58 %. En porcentaje, durante el mismo período, disminuyó la proporción de la ayuda pública al desarrollo correspondiente a la agricultura, que pasó del 17 % en 1980 al 3 % en 2006. En los presupuestos de las instituciones financieras internacionales se registró una drástica reducción de los fondos destinados a las actividades que constituyen el principal medio de vida del 70 % de los pobres del mundo. En un caso revelador, el porcentaje de la cartera de préstamos asignado a la agricultura por una institución pasó del 33 % en 1979 al 1 % en 2007.

Es preciso reconocer que, sin embargo, los países en desarrollo, en cooperación con la FAO, han elaborado políticas, estrategias y programas que, de haber contado con financiación apropiada, hubieran permitido garantizar la seguridad alimentaria en el mundo.

Lo que se necesita, en concreto, es duplicar la producción alimentaria del mundo, para poder alimentar a una población mundial que hoy se eleva a 6 000 millones de habitantes y que llegará a 9 000 millones para 2050.

Así pues, en diciembre de 2001 se celebró en Roma una reunión de expertos africanos; los Ministros de sus países se encontraron más tarde en la Conferencia Regional de la FAO celebrada en El Cairo en febrero de 2002 y luego en Maputo, en julio de 2003,

inmediatamente antes de la Cumbre de la Unión Africana. En esa oportunidad los Jefes de Estado y de Gobierno aprobaron el Programa general para el desarrollo de la agricultura en África (CAADP) y sus documentos complementarios preparados con el apoyo de la FAO. El Programa requería una inversión de 25 000 millones de dólares por año para fomentar la regulación del agua, las infraestructuras y la capacidad de comercialización, el incremento de la producción vegetal y la reducción del hambre, la investigación agrícola y la divulgación de tecnología, la producción animal, la silvicultura, la pesca y la acuicultura.

En este contexto, 51 países africanos han formulado, en colaboración con la FAO, programas de inversión nacional a medio plazo y perfiles de proyectos de inversión financiados.

Las uniones económicas regionales UEMAO, CEDEAO, CEMAC, CEAC, SADEC, COMESA, IGAD y UMA también han elaborado, en cooperación con la FAO, programas regionales de seguridad alimentaria que ponen el acento en el comercio intrarregional y en las normas sanitarias y fitosanitarias de la OMC basadas en las reglas establecidas por la OMS y la FAO para la protección de los consumidores en el marco del Codex Alimentarius y de la Comisión Internacional de Protección Fitosanitaria.

Tras la ejecución de las fases experimentales de los programas nacionales y regionales de seguridad alimentaria en los países del CARICOM, en América Central y del Sur, la Cumbre Iberoamericana también aprobó en Montevideo (Uruguay), en noviembre de 2006, la Iniciativa “América Latina y el Caribe sin hambre 2025”.

Asimismo se han elaborado programas regionales análogos, en colaboración con la FAO, en Europa central y Asia central, para la Cooperación Económica del Mar Negro y la Organización de Cooperación Económica.

En definitiva, ya disponemos de numerosos planes, programas y proyectos para abordar el problema de la inseguridad alimentaria, si bien es cierto que pueden mejorarse y actualizarse.

Sin embargo, lamentablemente la comunidad internacional sólo reacciona cuando los medios de información hacen llegar a los hogares de los países más opulentos el doloroso espectáculo de los que sufren en el mundo.

A partir de las estadísticas agrícolas mundiales y de las previsiones que la FAO tiene la responsabilidad de preparar, desde el pasado mes de septiembre vengo llamando la atención de la opinión pública sobre el riesgo de conflictos sociales y políticos provocados por el hambre. El 17 de diciembre de 2007, para evitar que la campaña agrícola de 2008 se viera comprometida, hice un llamamiento para que se movilizaran 1 700 millones de dólares no reembolsables a fin de que los agricultores de los países pobres pudieran estar en condiciones de acceder a los fertilizantes, las semillas y los alimentos para el sector pecuario, cuyos precios habían aumentado respectivamente en un 98 %, un 72 % y un 60 %. Nada de esto tuvo efecto, a pesar de la gran difusión en la prensa y de las cartas enviadas tanto a los Estados Miembros como a las instituciones financieras. Unos pocos países como España dieron su apoyo inmediato a la producción agrícola; a estos deseo expresar hoy mi reconocimiento.

En realidad, solo cuando los indigentes, los excluidos del banquete de los ricos, salieron a la calle a manifestar su rebelión y su desesperación, surgieron las primeras saludables reacciones en favor de la ayuda alimentaria.

Señor Presidente,
Excelencias, Señoras y Señores:

Las causas y las consecuencias de la crisis actual ya se han explicado suficientemente; no voy a volver una vez más sobre ellas.

Lo importante, hoy, es saber que ya no queda tiempo para las palabras: ha llegado el momento de la acción.

El Secretario General de las Naciones Unidas ha establecido y preside el Grupo de acción del sistema de las Naciones Unidas, las instituciones de Bretton Woods y otras organizaciones internacionales que se encarga de la respuesta coordinada a la crisis alimentaria. Ha tenido a bien designar al Director General de la FAO para ocupar el cargo de Vicepresidente del Grupo. Quisiera aprovechar la solemne oportunidad que hoy se me ofrece para expresarle mi más profunda gratitud por la confianza que me ha demostrado.

El Marco de acción general preparado por este Grupo proporciona una orientación respecto de las necesidades, que se precisarán mejor, país por país, mediante el trabajo sobre el terreno de los representantes locales de la FAO, el PMA, el FIDA y el Banco Mundial, en cooperación con los respectivos gobiernos. Por otra parte, el Secretario General de las Naciones Unidas presentó a la prensa el 29 de abril, en Berna, el comunicado aprobado por la Junta de los jefes ejecutivos del sistema de las Naciones Unidas para la coordinación acerca de las necesidades inmediatas con miras a hacer frente a la crisis alimentaria. Es necesario, por tanto, comenzar desde ahora a movilizar recursos.

Sin duda alguna es urgente asegurar que se mantenga, a pesar del alza de los precios, el volumen de las actividades de ayuda alimentaria que benefician a 88 millones de personas. Debemos, pues, agradecer a los países que con tanta generosidad han aportado sus contribuciones financieras y han permitido reunir los 755 millones de dólares solicitados para este fin.

Pero en el mundo hay 862 millones de personas que no tienen acceso a alimentos suficientes. Esas personas necesitan mejorar sus condiciones de vida con dignidad, trabajando con los recursos de la época en que viven. Necesitan semillas de alto rendimiento, fertilizantes, alimentos para el sector pecuario y otros insumos modernos. No pueden seguir, como en la Edad Media, trabajando la tierra con el sudor de su frente en condiciones azarosas, a merced de los caprichos del clima. Por consiguiente, se necesitan inversiones en las infraestructuras rurales, especialmente para el manejo del agua mediante el riego y el drenaje ya que, por ejemplo, en el 96 % de las tierras del África Subsahariana la producción depende de las precipitaciones. Se precisan también instalaciones de almacenamiento para evitar la pérdida de cosechas, que en ciertas explotaciones puede llegar al 40 o 60 %. Por último, los caminos rurales son indispensables a fin de que los agricultores puedan recibir los modernos factores de producción necesarios y transportar sus cosechas a los mercados nacionales y regionales a un costo competitivo.

Señor Presidente,
Excelencias,
Señoras y Señores:

La crisis alimentaria actual va más allá de la dimensión humanitaria tradicional, que tiene una base eminentemente ética. Esta vez, la crisis afecta también a los países desarrollados. El alza de la inflación se deriva, en un 40 a un 50 %, del aumento de los precios de los alimentos. Se trata, pues, de encontrar, en un contexto de crecimiento fuerte y acelerado del producto interno bruto de los países emergentes, soluciones globales y viables para reducir la brecha entre la oferta y la demanda mundiales de productos alimentarios.

Si no tomamos rápidamente las valientes decisiones que las circunstancias actuales imponen, las medidas restrictivas adoptadas por los países productores para hacer frente a las necesidades legítimas de su población, las repercusiones del cambio climático y la especulación en el mercado de futuros pondrán al mundo en una situación peligrosa. A pesar de la importancia de sus reservas monetarias, ciertos países corren el riesgo de no encontrar alimentos para comprar.

La solución estructural al problema de la seguridad alimentaria en el mundo reside en el aumento de la productividad y la producción de los países de bajos ingresos y con déficit de alimentos. Esto comporta, más allá de las medidas de asistencia pública para el desarrollo, la adopción de soluciones innovadoras e imaginativas. Será necesario establecer acuerdos de asociación entre los países que cuentan con recursos financieros, capacidad de gestión y tecnología y aquellos que poseen tierras, agua y recursos humanos. Solo de esta forma se podrán asegurar relaciones internacionales equilibradas y un desarrollo agrícola sostenible.

Los desafíos del cambio climático, de la bioenergía, de las enfermedades transfronterizas de las plantas y los animales, de los precios de los productos agrícolas solo podrán abordarse mediante un diálogo franco, basado en un análisis objetivo que vaya más allá de los intereses a corto plazo de las partes. En los próximos días, las mesas redondas interactivas sobre estos temas y la información proporcionada en las reuniones técnicas preparatorias ofrecerán un marco de concertación apropiado a fin de alcanzar el consenso.

El compromiso con la verdad me obliga, no obstante, a señalar desde ya algunos hechos concretos:

- Nadie entiende cómo es posible, en el marco de la lucha contra el cambio climático, que se cree un mercado de emisiones de carbono de 64 000 millones de dólares en los países desarrollados, pero no se esté en condiciones de obtener financiación para evitar la deforestación de 13 millones de hectáreas por año, sobre todo en los países en desarrollo cuyos ecosistemas forestales tropicales sirven de sumidero para 190 gigatoneladas de carbono por año.

- Nadie entiende que unas subvenciones de 11 000 a 12 000 millones de dólares en 2006, así como las políticas arancelarias proteccionistas, hayan tenido el efecto de desviar del consumo humano 100 millones de toneladas de cereales, en concreto para aplacar la sed de combustible de los vehículos.

- Nadie entiende que en esta época de globalización del comercio, y con la destacada excepción de la gripe aviar que amenaza con provocar una calamidad humana, no se destinen inversiones importantes a la lucha preventiva contra la enfermedad de Newcastle, la fiebre aftosa, la fiebre del Valle del Rift, la perineumonía contagiosa bovina, la peste de los pequeños rumiantes, la fiebre catarral ovina, la peste porcina africana, la garrapata *Amblyomma*, el gusano barrenador del ganado, pero tampoco contra la mosca de la fruta y la roya negra del trigo, que desde 1999 se ha propagado desde Uganda hasta Irán y podría llegar a la India, Pakistán y China y, por último, contra la langosta del desierto, plaga que se conoce desde el tiempo de los faraones.

Pero sobre todo, nadie entiende, en primer lugar, que en 2006 los países de la OCDE hayan provocado la distorsión de los mercados mundiales con 372 000 millones de dólares de subvenciones a sus agriculturas; en segundo lugar, que en un solo país el valor de los alimentos desechados anualmente se eleve a 100 000 millones de dólares y que el consumo excesivo de las personas obesas cueste, cada año, 20 000 millones de dólares en todo el mundo, a los que cabe sumar unos costos indirectos de 100 000 millones de dólares resultantes de las muertes prematuras y las enfermedades derivadas; nadie entiende, por último, que en 2006 se hayan gastado 1 billón 204 000 millones de dólares en armamentos.

La pregunta es cómo se explica, en estas circunstancias, a las personas con sentido común y buena fe que no se puedan encontrar 30 000 millones de dólares por año para asegurar a 862 millones de personas hambrientas la satisfacción del derecho humano más básico, el derecho a la alimentación y, por tanto, a la vida. Son recursos de este orden de magnitud los que permitirán descartar definitivamente el espectro de los conflictos debidos a los alimentos que se perfilan en el horizonte.

El problema de la inseguridad alimentaria es, de hecho, de índole política. Se trata de una cuestión de prioridades ante las necesidades humanas más esenciales. Y la asignación de los recursos dependerá de las decisiones que adopten los gobiernos.

Señor Presidente,
Excelencias,
Señoras y Señores:

Quisiera manifestar mi más sincero agradecimiento a los Jefes de Estado y de Gobierno y a los demás participantes en esta Conferencia que han recorrido miles de kilómetros para tratar de encontrar juntos, con espíritu de solidaridad, las soluciones adecuadas para los problemas de la seguridad alimentaria del mundo, en un marco multilateral.

Deseo, por último, expresar mi infinito reconocimiento al Gobierno y al pueblo italianos, que nunca han dejado de brindar su generosa hospitalidad en los grandes momentos de la historia de la humanidad.

Muchas gracias por su amable atención.